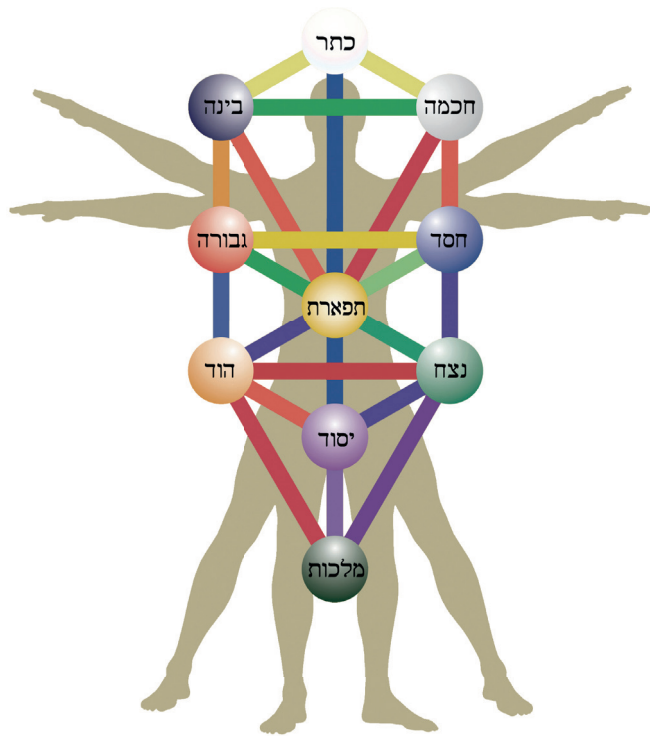


Annick de Souzenelle

EL SIMBOLISMO DEL CUERPO HUMANO



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y documentos

EL SIMBOLISMO DEL CUERPO HUMANO

Annick de Souzenelle

Título original: *Le Symbolisme du corps humain*

1.ª edición: septiembre de 2024

Traducción: *Susana Cantero*

Maquetación: *Gràfiques Martí Berrio, S.L.*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 1991, 2021, Albin Michel

© 2024, Ediciones Obelisco, S. L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.

Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida

08191 Rubí - Barcelona - España

Tel. 93 309 85 25

E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-159-2

DL B 10507-2024

Impreso en Gràfiques Martí Berrio, S. L.

c/ Llobateres, 16-18, Taller 7 - Nau 10. Polígono Industrial Santiga.

08210 - Barberà del Vallès - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I: El <i>Mi</i> y el <i>Ma</i> o el interior y el exterior de las cosas	13
CAPÍTULO II: Símbolos y mitos aspecto simbólico de la lengua hebraica	21
CAPÍTULO III: De la Espada al Árbol de la Vida. El bien y el mal	29
CAPÍTULO IV: Del Árbol de la Vida al Árbol de las Sefirot	41
CAPÍTULO V: Del Árbol de las Sefirot al esquema corporal.....	51
1. El cuerpo del Hombre, imagen del Cuerpo divino	54
2. El mundo interior y el mundo exterior al Hombre	56
3. Estructura del cuerpo según el dibujo del Árbol de las Sefirot.....	58
CAPÍTULO VI: El cuerpo, camino del Hombre hacia su vocación divina	75
1. El cuerpo, la piel, la carne.....	77
2. Los dos lados del cuerpo. La columna vertebral	80
3. La médula espinal	94
CAPÍTULO VII: <i>Maljut</i> I (Los pies)	103
1. Los pies del Hombre están heridos	110
2. Edipo o el pie hinchado	118
3. Aquiles o el pie vulnerable	126
4. Jacob o el «Talón divino»: la sanación de la herida	128
5. Cristo lava los pies a sus apóstoles.....	131

CAPÍTULO VIII: <i>Maljut</i> II (Las rodillas, las piernas).....	135
1. Las rodillas	137
2. Las piernas	143
CAPÍTULO IX: <i>Yesod</i> (La sexualidad, la circuncisión)	147
1. La circuncisión	154
2. La procreación frente a la creación.....	159
CAPÍTULO X: El triángulo <i>Hod-Netsaj-Yesod</i> o el plexo urogenital.....	163
1.El diluvio	170
2.El paso de los hebreos en Egipto.....	179
3.El laberinto de Cnosos	186
CAPÍTULO XI: El paso de la Puerta de los Hombres.....	197
1. La lucha de Jacob con el ángel.....	199
2. El bautismo de Cristo o la inversión de las energías	203
3. La tentación de Cristo en el desierto: El paso de la Puerta para cada uno de nosotros.....	206
4. Postura corporal ligada al paso de la puerta de los Hombres	226
5. Acercamiento al misterio de la muerte vivida antes y después del paso de la Puerta de los Hombres	227
CAPÍTULO XII: La vida del cuerpo en el cuadrilátero <i>Din-Jésed-Hod-Netsaj</i> ...	235
1. Los riñones.....	238
2. El hueso	250
3. La sangre	252
4. El ombligo y el corazón	268
5. La fragua	276
CAPÍTULO XIII: La Obra al Negro. El trabajo de los desposorios con la Tierra-madre	295
1. La historia de Job	297
2. Jonás	311
3. La bajada a los infiernos en los mitos griegos	314
4. Los infiernos del <i>Bardo-Thödol</i>	320
5. Los infiernos del esquizofrénico.....	322

6. El sufrimiento	325
7. La bajada a los infiernos de Cristo	326
CAPÍTULO XIV: La Obra al Blanco. El paso de la Puerta de los Dioses	329
1. El águila: Las manos, los hombros, las clavículas	331
2. Dante: El «Paraíso».....	341
3. El mito de Prometeo	343
4. La falsa Obra al Blanco o la conquista del vellocino de oro	348
5. La resurrección de Cristo: El cuerpo glorioso.....	355
CAPÍTULO XV: Acceso al triángulo superior <i>Kéter-Jojmá-Biná</i> (El cuello, las siete vértebras cervicales y las nueve jerarquías angélicas, la tiroides, el bulbo raquídeo).....	363
CAPÍTULO XVI: La Obra al Rojo. La escucha y el Verbo.....	371
1. La oreja	377
2. La boca	393
3. La saliva	394
CAPÍTULO XVII: Los dientes	397
CAPÍTULO XVIII: La nariz y las mejillas	405
CAPÍTULO XIX: Los ojos	413
1. La historia de Tobías.....	417
2. El ojo frontal: La esmeralda.....	423
3. Las lágrimas	426
CAPÍTULO XX: El cráneo.....	427
1. El cerebro.....	429
2. El cerebelo.....	433
3. La frente, el cuerno	434
4. Los cabellos y la corona	438
CAPÍTULO XXI: La mandorla	445
CONCLUSIÓN	453
GLOSARIO	457
CRÉDITOS ICONOGRÁFICOS	461
ÍNDICE ANALÍTICO	465

Introducción

Ignoraba yo el título de este libro –y, lo que es más, el propio libro– cuando ya en mi primera infancia (hoy lo sé) éste iba clavando en mí sus raíces.

Me reía de que Pulgarcito llevara el nombre de mi pulgar, y me divertía imaginando a sus hermanos como los ágiles dedos de mi mano, pero impotentes sin él.

Y luego estaba Cenicienta, cuyo fino pie, único en el mundo, me maravillaba.

Aquéllo no era sino el principio de las historias de pies.

En la clase llamada de «Historia Sagrada», aprendí que fue en el talón donde la serpiente mordió a nuestra madre Eva (Gn 3, 15) y que, desde entonces, llevábamos todos una herida en el pie, tan incurable como invisible.

¿Incurable? Y, sin embargo, el patriarca Jacob parecía, más tarde, agarrarse al talón de su hermano –por algo sería, ¿no?–, él, que pronto sería herido por el Ángel en la cadera (Gn 24, 25 y 32, 26). ¿Y por qué, al lavar los pies de sus apóstoles, iba a afirmar Cristo que basta con que sean purificados los pies para que el Hombre lo esté (Jn 13, 10)?

¿Por qué –lo aprendí después– ofrece la mitología griega a nuestra meditación la historia de tantos seres de pies heridos, hinchados, descalzos...? En otro de sus héroes, Prometeo, es el hígado el que, devorado por un águila durante el día, se reconstituye durante la noche para ser de nuevo pasto del águila, y así sucesivamente. ¿Por qué era en su cabello donde se ocultaba en secreto la fuente de la fuerza de Sansón, juez de Israel (Jc 16, 17)?

El cuerpo se veía afectado demasiadas veces, y en lugares muy precisos, como para que yo continuara ignorando que el cuerpo significaba algo. Pero cuando pedía explicaciones, los demás me consideraban demasiado curiosa; ¡que no había nada que comprender, me decían! Mis preguntas molestaban. Yo me quedaba perpleja, pero aún no me atrevía a dudar del saber de mis mayores.

Huelga decir que los medios cristianos lo ignoraban absolutamente todo de la circuncisión, cuyo sentido se reducía a una medida de higiene. En cuanto a las heridas rituales, a las pinturas corporales, o incluso a las máscaras de las tradiciones más lejanas, ni se planteaba levantar el púdico velo arrojado sobre lo-que-no-formaba-parte-del-currículo-escolar.

Formaban parte de dicho programa las visitas a museos, y yo me quedaba trastornada delante de la reconstrucción de los pórticos románicos cuyas esculturas se me clavaban en pleno corazón, como si sus mensajes alcanzaran a lo más sagrado de mi ser. Pero ¿qué significaban las numerosas deformaciones corporales, de las que era imposible negar que eran voluntarias?

Aquí, cristos en gloria con las manos desmesuradamente largas en relación con las normas de proporción del cuerpo; rodillas, vientres y caderas contorneados por admirables espirales, cabezas aureoladas y cuerpos enteros insertos en una mandorla (Autun, Vézelay...). Allí, un cristo cornudo (Vaison-la-Romaine). Allá más personajillos con orejas estiradas hasta el suelo (Vézelay), hombres con cabeza de perro (ídem), etc. ¿Por qué?

Ya fuera en el plan de estudios escolar o más tarde, en el transcurso de las visitas *in situ*, mis preguntas quedaban sin respuesta, o más bien recibían alguna de este tipo: «Ya sabes, ¡es que los hombres de aquella época no sabían dibujar!». Yo estaba aterrada. Me subía por dentro una especie de ira que socavaba definitivamente la autoridad de mis mayores.

Pero no por ello obtenía respuestas y no sabía dónde ir a buscarlas. Sepulté entonces en mi corazón aquella frustración que muy pronto –pero sin que yo supiera entonces que ambas eran de la misma naturaleza– se reunió con aquella otra que me hacía llorar respecto al sinsentido insoportable de la vida. Sinsentido de la vida, sinsentido del sufrimiento, aquel absurdo absoluto me desgarraba.

Si decidí afrontar el sufrimiento cuidando a los enfermos, ¿fue para convocarlo a la cita con el sentido? Seguramente me guiaba un instinto certero,

porque entonces me tocó a mí no saber responder a las preguntas angustiadas que me hacían aquéllos a quienes ese sufrimiento atormentaba en su cuerpo y en su mente: «¿Por qué me ocurre esto, señora?». ¿Por qué esta úlcera de estómago, este cáncer de intestinos, esta explosión del bazo...? ¿Por qué? ¿Por qué? Ahora interpretaba yo el papel de mayor, o por lo menos de la que se suponía que sabía.

¡Y yo no sabía!

Las ciencias no abordan esa raíz del mal, y la formación de la enfermera que yo era (menos aún que la del médico) no conducía a resolver el problema en ese nivel.

En aquella época, yo, intuitivamente, sólo sabía una cosa: una respuesta por mi parte (o la propia orientación de una búsqueda de respuesta) habría constituido un elemento de sentido que podía permitir al enfermo bailar el juego de esa parte de la vida con la enfermedad que, inserta en el ritmo de unas vibraciones nuevas y sanas, tenía todas las posibilidades de ser devuelta a las normas de salud; seguramente la enfermedad tan sólo había surgido para rectificar un «mal tiro»,¹ incluso para aportar un incremento de ser.

Una respuesta por mi parte habría permitido al enfermo hacerse cargo de sí mismo, no otorgarle al médico el poder del mago que él se complace en adoptar para imperar y cosificar aún más al enfermo impotente, al que ya la dolencia está haciendo degradarse. Una respuesta habría podido normalizar esas relaciones enfermo/médico, que yo deseaba que fueran humanas en el sentido más noble de la palabra, y que habrían convertido al enfermo en su propio médico de las profundidades, médico que pedía ayuda al especialista de la inmediatez de los fenómenos.

De todo aquello, que a la sazón sabía intuitivamente, estoy hoy día absolutamente segura; y este libro nació no solamente de esta certeza, sino de aquello que la trajo a ser.

Si bien de orden no físico, el sufrimiento que por entonces me atenazaba —una soledad extrema— me obligaba a recurrir solamente a mí misma en tanto que médico de las profundidades, ¡porque nadie se presentaba ante mí como alguien que pareciese siquiera comprender la inmediatez del fenómeno! ¡Todos, a mi alrededor, contemporizaban admirablemente con el absurdo y organizaban su vida en función de la normalización del sinsentido!

No obstante, yo pedía auxilio. Llamaba a la vida, porque si ésta tenía un sentido, ese mismo sentido implicaba que ella me lo revelase. Me lo reveló

1. «Apuntar mal» es el sentido de una de las palabras que se traducen como «pecado» en hebreo.

tras sufrir una prueba de la que después comprendí que era un examen, una puerta que cruzar. Mi honradez ancestral me hizo cruzarla. Al otro lado de la puerta, me esperaba el sentido. Aquella puerta se abrió sobre el redescubrimiento del cristianismo, abandonado desde hacía mucho en aquella forma que había nutrido mi infancia, sí, pero no podía saciar mi hambre de adulta.

La dimensión ortodoxa de mi Tradición en el hálito vivificante y transformador de los símbolos, en la materia de los arquetipos de los que éstos proceden y a los que acompañan, en el vigor de la verticalización del ser que conduce al Verbo, esa dimensión alta y ancha me llevó a su fuente: la lengua hebrea. Y la exigencia de este doble y único encuentro estableció una incompatibilidad tan radical entre mi vida profesional y la vida que estaba empezando a correr por mi sangre, que rompí también radicalmente en ese momento con aquello que acababa de constituir mi existencia.

Me volví hacia las incipientes ciencias humanas, aún balbucientes, pero que en ese momento desempeñaron el papel de catalizador de los otros dos enfoques. Y viví entonces el júbilo de uno de los aspectos de ese «día uno» de la Creación en el que, repentinamente, «la Luz es».

¡Alegría, incluso embriaguez! Todo estaba *religado*. Todo adquiriría un rostro significante. Todo vivía.

¡Todo! Incluido el cuerpo.

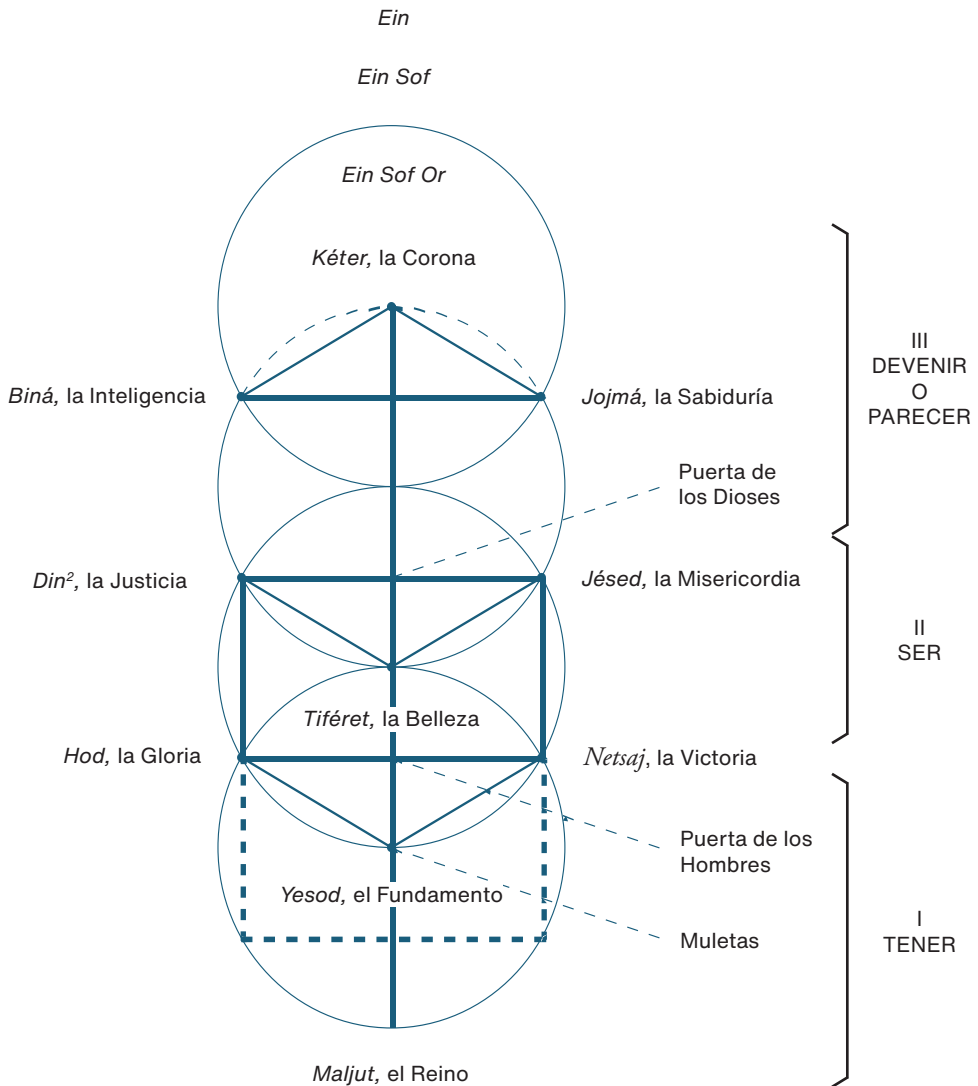
Y descubrí el cuerpo del Hombre, imagen del «cuerpo divino» cuya «forma» refiere la Tradición que vio Moisés (Nm 12, 8), imagen llamada a regresar al modelo del que procede, en un inefable matrimonio..., ¡imagen dimensión simbólica del cuerpo!

Así pues, la vida atrapada en el tiempo entre nacimiento y muerte es la historia de ese regreso: regreso del «Hombre de abajo» al «Hombre de arriba», de Adán a Elohim, dice el mito bíblico. Es la historia de una llamada irresistible a esas «bodas».

Comprendí que en esta grandiosa aventura, cada miembro y cada órgano del cuerpo tienen un papel cuya manifestación es la función fisiológica inmediata. Oí el nombre de cada uno de esos lugares del cuerpo resonar con el sentido de su función y supe por qué a las primeras vértebras se las llama «sacras», por qué al cerebro se lo llama «árbol de vida», por qué se llaman así los «tálamos ópticos», etc.

Perturbado, desorientado en lo que atañe a esa vocación fundadora, el cuerpo sufre; habla en el nivel del órgano que significa el origen de esa turbación, y la manifiesta.

El Árbol de las Sefirot



Kéter – Jojmá – Biná – Jésed – Din – Tiféret – Netsaj – Hod – Yesod – Maljut

2. Mantengo este nombre para no provocar equívocos, dado su constante uso en el transcurso del libro, pero, como se verá más tarde, también se llama *Guevurá*. (N. de la T.).

El alfabeto hebreo

Unidades Mundo de los principios		Decenas Plano de la encarnación		Centenas Plano cósmico		
א	Alef 1	י	Yod 10	ק	Qof 100	
ב	Bet 2	כ	Kaf 20	ר	Resh 200	
ג	Guímel 3	ל	Lámed 30	ש	Shin 300	
ד	Dálet 4	מ	Mem 40	ת	Tav 400	
ה	Hei 5	נ	Nun 50	ך	Kaf final 500	
ו	Vav 6	ס	Sámej 60	ם	Mem final 600	
ז	Zayn 7	ע	Ayin 70	ן	Nun final 700	
ח	Jet 8	פ	Pei 80	ף	Pei final 800	
ט	Tet 9	צ	Tsadé 90	ץ	Tsadé final 900	

y su correspondencia numérica

	SIMBOLISMO
	Potencia creadora original – Fuerza divina «Yo» divino creador – Principio – Padre
	Receptividad «Tú» creado que recibe al «Yo» creador
	Movimiento – Dinamismo
	Materia – Resistencia – Muerte Matriz Prueba
	Hálito de la existencia Germen de vida
	Unión – Fecundación Símbolo del Hombre (creado el 6.º día)
	Borrado – Muerte – Nada – Que implican retorno – Renacimiento – Todo
	Resurrección – Barrera – Apertura Retorno – Renacimiento
	Perfección de lo creado Consumación femenina

Este cuerpo habla, vive; transmite la exigencia de crecimiento del núcleo del ser del que es portadora cada una de sus células³. Su finalidad es el «cuerpo divino», su modelo, el que vio Moisés y cuya memoria nos transmitió el dibujo del Árbol de las Sefirot.

Un día, me fue presentado ese dibujo. Ninguno de vosotros habrá olvidado la belleza de la película *Encuentros con hombres notables* de Peter Brook (1979), cuyo inicio contaba la historia de un pueblo que, todos los años, reunía a sus hombres en un concurso de música, al pie de la montaña. El ganador era aquél cuyo canto lograra hacer cantar a la montaña...

El canto del cuerpo divino empezó a hacer cantar a la montaña bíblica y a mi cuerpo entero; se despertó mi alma, sepultada bajo las no-respuestas de antaño. Entonces supe por qué Ishah estaba herida en el talón y Jacob en la cadera; por qué reinaba la fuerza en los riñones de Israel, en los cabellos de Sansón; y capté el porqué de la lepra de Job y de «toda la cabeza enferma» que lamentaba el profeta Isaías.

Con la escucha, empecé a oír el lenguaje del cuerpo.

Cuando emprendí la escritura de este libro, en julio de 1970, ese Árbol de las Sefirot sólo era conocido por unos cuantos eruditos de la cábala.

Para dar un asiento sólido a mi trabajo, para hacerlo creíble y accesible a todos los lectores, me he obligado a dar a conocer lo esencial de esta Tradición hebrea en la parte correspondiente a su corriente mística, que se asienta en el Árbol de las Sefirot, y a explicitar ese Árbol en sí mismo. Estos preliminares son el objeto de los cuatro primeros capítulos de este libro; son ingratos, lo sé, e invito al lector a que no se deje desanimar por ellos, incluso a que se los salte, tal vez, en un primer momento, para regresar a ellos más tarde, porque el libro les dará todo su sentido. *El simbolismo del cuerpo humano* me impuso, con ocasión de su edición en libro de bolsillo, esta observación que tantos de sus lectores me habían hecho.

De paso, expreso toda mi gratitud a Jean-Marie Anstet, que seleccionó esta obra hace casi cincuenta años, cuando ningún trabajo literario previo constituía autoridad alguna en mi caminar. Hoy, este libro está traducido a varias lenguas, y recibo testimonios de lectores del mundo entero...

En este nivel, volvemos, en efecto, a encontrar la «lengua una» (Gn 11, 1).

3. Cada una de las cuales está hecha para liberar su energía.

CAPÍTULO I

El *Mi* y el *Ma* o el interior y el exterior de las cosas



Los seis días de la Creación y la Creación de los humanos según la mística del siglo XII Hildegarda de Bingen, obra extraída de su *Scivias* (*Conoce los caminos*, o *Libro de las visiones*).

«Lo que está abajo iguala a lo que está arriba y lo que está arriba iguala a lo que está abajo, para realizar el milagro de una sola cosa».

Tabla de esmeralda

Hermes Trismegisto, Hermes el «tres veces grande», selló en la *Tabla de esmeralda* una clave de oro. Nos vamos a apoderar de ella para intentar penetrar el misterio que nos parece esencial, el que nos sobrecoge incluso cuando no intentamos captarlo, que se impone y se evade al mismo tiempo a nuestro impotente intelecto: el misterio del Hombre.

Hasta ahora, en nuestra civilización actual, hemos intentado aprehender el mundo y sus misterios mediante esa herramienta, el intelecto. Así, hemos mirado el mundo igual que un niño mira un juguete mecánico, desmontando todos sus engranajes para inventariar sus secretos. Hemos situado al Hombre y el Mundo como dos objetos heterogéneos, como dos entidades ajenas una a la otra, considerando al cognoscente (el Hombre) y el objeto por conocer (el Mundo) como irreductibles uno al otro. Y cuando el objeto por conocer se llama «ciencias humanas», llegamos al absurdo siguiente: que el Hombre ha estudiado al Hombre sin saber, por definición, de qué herramientas disponía para trabajar, para conocerse.

«Conócete a ti mismo y conocerás el universo y a los dioses», dice también la sabiduría hermética. Y ¿acaso esta segunda clave no nos invita a considerar

por una parte al Hombre en el Mundo y por otra al Mundo en el Hombre, como el haz y el envés de una misma medalla, de una misma realidad secreta, estando así ligados por el «interior» los dos aspectos manifestados?

El interior y el exterior de las cosas no tienen aquí nada de espacial; se trata, en primer lugar, de una «corteza» que pertenece al ámbito de la manifestación. Se trata, después, de una «pulpa» que nos conduce hasta el «hueso».¹ Tan sólo podemos aprehender estos últimos accediendo a otros ámbitos, sin por ello –como veremos– abandonar aquel que nos es familiar. Si no, el filósofo puede preguntarse, como lo ha hecho, si acaso no empieza el mundo en la superficie de su piel... ¡y andar errante por el absurdo!

Recuperemos nuestras claves. Es tiempo de operar con una nueva conciencia y de aprender a abrir puertas nuevas.

Esta corteza de la que acabamos de hablar, ¿acaso no vuelve a salir en ese «abajo», y el «hueso» en ese «arriba», que el divino Hermes *distingue* uno del otro, pero que no separa? Hermes, el Hombre que participa del arriba, distingue; el Hombre de abajo separa y termina negando aquello de lo que está separado. Una vez que se ha quedado solo en ese abajo, se topa con el sinsentido de su vida, que se torna inhumana a fuerza de ser solamente humana, hasta donde se pueda llamar «humana» a esa parte que es la corteza separada de su núcleo.

¿Cómo recuperar la integridad del fruto? ¿Cómo reintroducir ese hueso en su pulpa y volver a dar vida a esa carne que hay bajo la corteza? ¿Cómo hacer que lo que está abajo recupere la imagen de lo que está arriba y el camino que conduce a su modelo?

Los diferentes mitos de la Creación que ha transmitido la humanidad en sus grandes corrientes tradicionales dan cuenta, todos, de ese arriba y de ese abajo nacidos de una separación (en el sentido de la distinción) en el seno de una unidad principiadora.

La tradición judeocristiana, de modo muy particular, nos presenta la Creación como surgida de tal distinción. La palabra hebrea formada por tres glifos

1. El término francés que utiliza la autora, *noyau*, significa el «hueso» de la fruta, pero también «centro, núcleo», y lo traduciré de este modo cuando aparezca con ese sentido, especialmente referido a «núcleo» del ser. (*N. de la T.*).

B-D-L, que nosotros traducimos por «separar», significa en efecto «distinguir»: Dios distingue la luz de las tinieblas, el día de la noche, más tarde al hombre de la mujer; pero, sobre todo, en las aguas principadoras *Maim*, distingue las «aguas que están por encima de la extensión» de las «aguas que están por debajo de la extensión» (Gn 1, 6-7),² aguas a las que la tradición hebrea llama respectivamente *Mi* y *Ma*. *Mi* y *Ma* están conectadas por la «extensión» que, en el versículo 8, es llamada *Shamaim* שמים, comúnmente traducido por los «cielos», y que, aun separando el *Mi* del *Ma*, contradictoriamente los reúne en su nombre en torno a la letra *Shin* ש, de la que veremos que no es ajena a lo que nosotros llamamos el «núcleo».³

Simbólicamente, podemos decir que el *Mi* es el mundo de la unidad arquetipal⁴ no manifestada, y el *Ma* el de la multiplicidad manifestada en sus diferentes niveles de realidad. La raíz *Mi* encontrará en griego su correspondencia en la raíz *Mu*, que preside la formación de las palabras que ilustran el mundo de los arquetipos, tales como μύειν, «cerrar la boca», «callarse», y μῦέειν, «ser iniciado». Toda iniciación es una introducción al camino que religa el mundo manifestado al de sus arquetipos; se realiza en el silencio. El «mito» –μῦθος– es la historia que da cuenta de la vida de los arquetipos.⁵ Nuestras palabras «murmullo», «mudo» y «misterio» proceden de la misma raíz.

La raíz *Ma* es la raíz madre de todas las palabras que significan la manifestación (tales como «**m**ateria», «**m**aternal», «**m**atriz», «**m**ano», etc.). Cada elemento del *Ma* es la espiración de su correspondiente en el *Mi*. Éste repercute sin fin sobre aquel que lleva dentro de sí no solamente su imagen, sino su poder. En este sentido el *Ma*, en cada uno de sus elementos, es símbolo del *Mi*. El símbolo (*syn-bolein*: lanzar juntos, unir) une el *Ma* al *Mi*. El *dia-bolein* (arrojar descolocados, separar) separa los dos mundos, dejando errabundo al del *Ma*, privado de su justa referencia y de su justa pujanza.

Los hebreos llaman Elohim al «Hombre de arriba» y Adán al «Hombre de abajo».

2. Como se verá a lo largo de todo el libro, la autora cimenta su discurso en la interpretación (conceptual, semántica, simbólica y mística) de los textos sagrados, que traduce ella misma directamente del hebreo. Esta traducción difiere a veces de las versiones al uso de la Biblia, tanto en francés como en castellano, lo cual tiene implicaciones determinantes que la propia autora señala y razona. Por este motivo, y para no traicionar la lógica de su discurso, en las citas bíblicas traduzco del francés la propuesta de la autora, en lugar de copiar los versículos correspondientes de una edición en castellano de la Biblia. (*N. de la T.*)

3. Véase cap. XVII.

4. Mantengo el término para distinguir conceptualmente la categoría de algo «perteneciente al plano del arquetipo» del simple adjetivo «arquetípico». (*N. de la T.*)

5. Véase cap. III.

Este Hombre de arriba es el mundo del *Mi*; se expresa en el *Ma*. A su imagen, Adán —«el Hombre de abajo»— reúne en sí la totalidad del *Ma*, que contiene la del *Mi* en su germen y en la promesa del fruto. Dentro de esta perspectiva, el Hombre es punto de encuentro del universo y de los dioses. Por eso es por lo que las ciencias tradicionales le llaman *microcosmos* (pequeño universo) y *microtheos* (pequeño dios). Es el punto de partida de todas las vibraciones, foco de reflexión de todas las resonancias.

«Conócete a ti mismo y conocerás el universo y a los dioses».

Pienso que no puede hacerse ningún estudio completo del Hombre fuera de estas premisas y que, si estas premisas son ciertas, deberíamos encontrar las trazas de un diálogo que conecte entre ellos al Hombre y a Dios, a Adán y a Elohim, el *Ma* y el *Mi*. Se me antoja imposible imaginar la existencia de un lenguaje capaz de participar de las dos categorías, humana y divina, aparentemente transcendentales, irreductibles la una a la otra. No puedo imaginar... Pero ese lenguaje nos lo proponen los dioses, que tienen más imaginación que nosotros: no hay un solo pueblo en el mundo que no lo posea en el secreto de sus leyendas, de sus mitos, de sus ritos y de sus símbolos. Jung exclamaba: «¡Occidente ha perdido sus mitos!».

Los mitos están ahí; nuestro patrimonio sagrado es inmenso, pero no sabemos descifrarlo, nunca hemos vivido realmente su lenguaje, o, más exactamente, hemos rebajado su lenguaje al nivel de nuestra banal experiencia vivida, en lugar de dejarnos llevar por él a los nuevos planos de conciencia a los que nos invita. Haciendo esto, al sentirlo como algo infantil, lo hemos eliminado de nuestros materiales científicos. Y hemos llegado al punto en el que, imponiéndose la ciencia a nosotros como único marco de referencia cabal y procurador de seguridad, hemos eliminado el lenguaje del mito del corazón mismo de nuestra vida.

Desnutridos, sedientos, o bien corremos hacia los países aún capaces de darnos ese alimento, ese lenguaje, o bien permanecemos inanimados al pie de nuestras propias riquezas, incapaces de reconocerlas, ofrecidos a todas las enfermedades mentales, que no son otra cosa que raquitismo espiritual.

¡Jung puede lanzar su grito de alarma! Es, me parece, de la mayor urgencia devolverles al cuento, a la leyenda, al mito y al ritual su lugar en nuestra vida y dejarlos que nos informen.⁶ Ése es el camino del conocimiento.

6. Informar en el sentido de «dar forma», no de transmitir información. (*N. de la T.*)

La ciencia profana, como decía más arriba, nunca tiene en cuenta al cognoscente. Éste debe mantenerse objetivo, es decir, igual a todos los demás «objetos» cognoscentes, en el plano de su común posibilidad experimental, de su grado común de conciencia.

El cognoscente es, así, más o menos inteligente; está provisto de más o menos herramientas más o menos perfeccionadas, pero su experiencia es controlable por todos. El conocimiento proporcionado por nuevos estados de conciencia es, también, siempre experimental, pero esa experiencia ya no es común al mayor número; tan sólo es controlable por los cognoscentes de igual evolución de conciencia.

En otras palabras, ese conocimiento implica la evolución del cognoscente, su ascenso a niveles de conciencia cada vez más elevados. Para los que participan de un mismo nivel, el conocimiento es objetivo. En cambio, sus datos son sentidos como subjetivos por aquellos que no han «despegado» de la prisión en cuyas categorías nuestro mundo del *Ma* mantiene cautiva a nuestra mente. Tan sólo a éstas incumbe el dualismo objetividad / subjetividad, denunciando un conocimiento que en modo alguno tiene en cuenta la «subida de la escala» o «subida de la extensión»: *Ragya' Shamaim*. En lo alto de ésta, todo dualismo desaparece en un rebasamiento del que tendré ocasión de volver a hablar más tarde. En última instancia, Dios es objetividad absoluta.

Sea cual sea el nivel del *Ma* al que accede el cognoscente, los elementos de ese *Ma* tienen siempre una objetividad en sí mismos, en tanto en cuanto se refieren a su arquetipo en el mundo del *Mi*. Privados de esa referencia, son mera «ilusión», *maya* para los hindúes, *Hebel* הבל –vanidad– para los hebreos; «subjetivos» los llaman los escépticos, los que no tienen ninguna conciencia del mundo del *Mi* y proyectan sobre los demás su propia ignorancia. Pero ilusión es también la experiencia del *Mi* escindida de la del *Ma*. *Mi* y *Ma*, si bien distintos, son inseparables.

Precisemos, pues, que esta cualidad del cognoscente a la que apelábamos es la de su ser interior, la de su ser en marcha hacia su núcleo participante del mundo del *Mi*. Tan sólo con este ser podemos acercarnos al misterio del Hombre, otra faceta del misterio divino. Me refiero al ser que se ha despojado del «yo» habitualmente cristalizado en la cultura, la erudición o la ética de su medio exterior, que ha renunciado a toda inteligencia intelectual y que

entra en la experiencia vivida. Entonces, dándole al objeto de su meditación toda potencia de ser, el cognoscente, en un momento, queda atrapado por lo conocido, se convierte en el objeto meditado de este último. Poco a poco, se borra toda distancia entre conocido y cognoscente.

El verbo hebreo «conocer» es el que emplea Moisés para dar cuenta del conocimiento que toma el hombre de la mujer.

El conocimiento es un matrimonio, una unión de lo conocido y del cognoscente.

El conocimiento es amor.

CAPÍTULO II

Símbolos y mitos, aspecto simbólico de la lengua hebraica

Antes de tomar, en tanto que soporte de nuestra meditación, los símbolos y los mitos, y muy en particular entre estos últimos, los mitos pertenecientes a nuestra tradición judeocristiana o extraídos de los tesoros de Grecia, es importante que presente estas herramientas de trabajo.

Los símbolos son los elementos de nuestro mundo sensible, cada uno de los cuales es significativo e imagen de su correspondiente arquetípico de «arriba», el significado. Carga la potencia de éste y vibra con él al mismo tiempo que todos los armónicos encontrados de uno a otro, del *Mi* al *Ma*, en el mismo «haz».

Éste, «al mismo tiempo», corresponde estrictamente a la ley de sincronidad de la que habla Jung. Jung aborda este tema apoyándose en gran parte en la tradición china, en el Tao. Por esta vía, infiere la correspondencia que existe entre un arquetipo y la serie de símbolos que están ligados a él, lo cual comporta, en el plano de lo manifestado, la aparición de varios acontecimientos convergentes como extrañas coincidencias a los ojos del ignorante que los echa en cuenta del azar.

Qué es el azar, si no es una realidad desconocida: la de las leyes ontológicas¹ que religan el mundo de los arquetipos al de lo manifestado. Estas leyes que rigen la Creación antes de la caída, fundamentalmente, permanecen, pero se escapan de nuestro campo de conciencia ordinario.

Dejo de lado aquí voluntariamente todos los fenómenos llamados «metapsíquicos» (o «parapsíquicos») esclarecidos por estas leyes y cuya existencia

1. Leyes que rigen la Creación de antes de la caída y que, fundamentalmente, permanecen pero escapan a nuestro campo de conciencia ordinario.

ya no podrá negar la ciencia por mucho tiempo. ¿Cuántas veces no habremos visto surgir un mismo acontecimiento (un gran descubrimiento científico, por ejemplo) en varios países al mismo tiempo? ¿Y qué decir de esa ley de las series admitida por todos los estadísticos y, no obstante, racionalmente inexplicable?

En un plano más amplio, me parece ver en este momento una relación de este tipo entre:

- la nueva emergencia de la afirmación de la mujer, ya aparecida en los primeros tiempos cristianos, pero rápidamente sofocada;
- el descubrimiento del mundo del inconsciente, personal o colectivo, bastante reciente en ciencia psicológica;
- el volver a tomar en consideración la sexualidad, la cual, si bien aún no ha encontrado su justa referencia a su arquetipo divino, sí se está liberando al menos de sus falsos amarres;
- y, finalmente, la llegada del hombre a la Luna.

Por supuesto, todos y cada uno de estos fenómenos pueden explicarse racionalmente, pero su sincronicidad compete a una ley que rebasa todas las del mundo racional.

- La mujer en la humanidad,
 - el inconsciente, lado oscuro del ser en el plano psíquico,
 - el complejo urogenital en el plano físico,
 - y la Luna, planeta de la noche en el plano cósmico,
- pertenecen al mismo haz simbólico cuyo arquetipo debe de estar conociendo una gran actividad. Esto me permite inferir, apoyándome en otra ley estudiada más adelante, que la humanidad está en vísperas de un nuevo nacimiento.

Pero no nos adelantemos. No anticipemos más hablando más ampliamente de los símbolos, porque veremos que el mundo animal, por ejemplo, simboliza las energías vitales (el *toro*: la fecundidad; la *serpiente*: la sabiduría; el *águila*: el conocimiento, etc.), mientras que el mundo vegetal simboliza tras series de energías (la *rosa*: el retorno al Uno; la *acacia*: la androginia; la *almendra*: la inmortalidad, etc.).²

En todas las tradiciones, la piedra está en el mismo haz que el Hombre, haz en el que la tradición cristiana interpone el pan, y después la carne hu-

2. Véase cap. XXI.

mana (el Maligno le propone a Cristo que transforme las piedras en pan; los misterios cristianos reposan sobre la transformación del pan en cuerpo de Cristo). En un mismo haz están también el agua, el vino y la sangre, que, a su vez, conduce al Espíritu: «Y hay tres, abajo, que están en armonía: el agua, la sangre y el espíritu» (1 Jn 5, 8).

Prestemos, no obstante, atención a las dos caras que puede presentar un mismo símbolo en nuestro plano inmediato: la serpiente, símbolo de sabiduría, es también el del Maligno; el agua purificadora es también esfera de influencia del mundo pasional; el fuego expresa el amor, pero también el odio. Nos iremos familiarizando poco a poco con esta ambigüedad. Pero le corresponde a cada uno penetrar estos símbolos, su sentido, sus armónicos, dejarlos aflorar a su consciencia con el fin de dejarse recrear por ellos, porque tal es su poder.

Los rituales iniciáticos de todos los tiempos y de todos los lugares no son sino una «simboloterapia» en el verdadero sentido de la palabra «terapia»: «que vuelve a poner en armonía», disciplina otrora confiada solamente a los sacerdotes e iniciados.

Agentes de recreación son también los mitos que, cuando los activamos, hacen resurgir en nosotros toda la pujanza de los *arché* –ἀρχαί– en su dinamismo principiator.

El mito (del griego *muthos*: fábula) da cuenta de una realidad superior intransmisible a nuestro mental ordinario sin una mediación.

Al igual que el plano técnico traza para nosotros en una superficie plana el despliegue de un volumen, podemos decir –extrapolando– que el mito traza en el mundo fenomenal el despliegue del mundo de los *arché*. No estoy de acuerdo con los autores que, no pudiendo desprenderse de su prisión espacio-tiempo, ven en el mito una historia que habría sucedido en el albor de los tiempos. Se trata en realidad de una metahistoria³ –es decir, una historia más allá de la historia, o sea, una realidad ontológica– que sigue siendo actual.

Así es como el Génesis bíblico es un perpetuo presente, aunque, a partir del capítulo 6, historia y metahistoria se superponen en el nivel de una misma narración. La crítica histórica, que interviene ahí, tan sólo nos interesa de modo muy secundario. Lo veremos, por ejemplo, en la historia del

3. Metahistoria: más allá de la historia, o la realidad ontológica.

diluvio, que encontramos en formas diferentes, pero según una estructura idéntica, en casi todas las grandes corrientes tradicionales.

Señalemos, por otro lado, que la historia, en tanto en cuanto desarrollo de esta metahistoria en el mundo de los fenómenos, puede ser un mito. El que ya no supiéramos leer los acontecimientos con esta clave sería privarnos de la luz esencial sobre nuestro devenir histórico. La historia encuentra su significado en el mito, que, a su vez, se verifica en la historia.

Tendremos asimismo ocasión de ver en los Evangelios, sin por ello poner en duda la historicidad de Cristo, la capa mítica que contienen. Esto ocurre, por ejemplo, con los dos Juanes, san Juan Bautista y san Juan Evangelista, que encarnan al Janus Bifrons de los antiguos y de los que tendré ocasión de hablar más adelante.⁴

Asentado esto, es muy cierto que los primeros capítulos del Génesis tan sólo atañen al mito, en particular la historia de Adán y Eva. Éstos no son nuestros primeros padres en el orden cronológico, sino el Hombre (hombre y mujer) cósmico que somos todos, en funciones masculinas y femeninas.

La palabra *Bereshit* —que abre este Génesis bíblico— es intraducible; tan sólo podemos cercarla lo más estrechamente posible, pero nos corresponde a cada uno de nosotros llegar hasta su núcleo. Que implica una noción de «principio» es cierto, pero en ningún caso podríamos ver en ella la de comienzo, la de inicio de una sucesión temporal. Se trata del misterio principiator que, más allá de los conceptos de pasado y de futuro, es. Otro tanto ocurre con el Génesis. Conviene ahora presentar una herramienta adicional: la lengua hebrea en tanto en cuanto vehículo del mito.

Apoyándose en la tradición oral, el cognoscente puede ir al corazón del mito mediante la mediación de una traducción. Pero no nos engañemos: una traducción fija el texto en el nivel de interpretación del traductor. Por lo que a mí respecta, es la propia lengua sagrada la que ha servido de base a mi meditación. Esta lengua, nos dice la tradición hebrea, puede ser leída en diferentes registros (setenta, precisa la tradición). Simbólicamente, este número quiere decir que no hay final para nuestra meditación, porque ésta conduce a la contemplación de Dios.⁵

4. Véase cap. VI.

5. Véase A. de Souzaenelle, *La Lettre, chemin de vie*, cap. II, Albin Michel, 1993.

¿Qué es lo que convierte a esta lengua en tal vehículo? No voy a escribir aquí un tratado histórico, ni semántico, pero a mi parecer —según los numerosos trabajos que tratan este tema— el hebreo sigue siendo, junto con el sánscrito, una de las lenguas más cercanas a una fuente anterior única y desconocida. Ninguna lengua ha conservado tan intacta la impronta original de ésta.

Una tradición sugiere que la primera lengua les fue dada a los Hombres por Dios. Era «una», dice el Génesis (11, 1), hasta la construcción de la torre de Babel. En ese momento, estalla, y sus chispas-verbo forman las lenguas de los diversos pueblos. La de los hebreos, rápidamente consagrada a la vida religiosa, apenas estuvo sujeta a las variaciones profanas.

Los diferentes mensajes contenidos en una misma palabra,⁶ incluso en una misma frase, tan sólo se abren al cognoscente si éste deja obrar dentro de él la amorosa percusión de la letra-energía y si acepta morir a sus conceptos anteriores para resucitar a los de una conciencia totalmente nueva.

Porque llevamos dentro de nosotros esa fuente única y desconocida. Desconocida porque participa de nuestro ser profundo, hondas tierras a las que solamente alcanzamos mediante nacimientos interiores, nuestros partos de nosotros mismos a nosotros mismos que serán el objeto del estudio que va a seguir; nuestro cuerpo es su programa y su herramienta. Pero también fuente que a veces brota en el verbo del profeta, en el canto del poeta o en el lenguaje velado del inconsciente.

Esta lengua, una a la que podemos llamar «divina» —dado que los hebreos hacían de la unidad un Nombre divino—, es la que los apóstoles, ebrios del Espíritu Santo, hablaron el día de Pentecostés y que fue comprendida por todos los pueblos presentes aquel día en Jerusalén. Era a la sazón la fiesta de *Shavuoth* —fiesta de la Siega—, que prefiguraba la de las cosechas de las tierras interiores del Hombre, cuya última recolección es el propio Verbo divino.

6. Me he permitido suprimir la exposición de las tres operaciones tradicionales que permiten al cabalista acercarse a una palabra hebrea, que figuraba en el segundo capítulo de la primera versión de este libro, «Del Árbol de la Vida al esquema corporal». En la época de su aparición, mi obra *La Lettre, chemin de vie* aún no estaba publicada. Hoy, esta obra aporta muy ampliamente la luz necesaria para las operaciones que autorizan a buscar en las palabras hebreas el mensaje oculto que contienen. El lector puede remitirse a ella.